

Cavilaciones marchitas

Lina Betancourt

Mi letra no es la misma,
la voz no se quiebra igual que ayer,
la piel continúa fría.
La juventud, una ilusión.

Aquello que afirmo, un sueño.
Aquello que niego, sustancial.
La juventud, una ilusión.

Mi espíritu sumido en el fango,
embalsamado de oscuridad,
sudor amargo resbalando por la espalda.
La juventud, una ilusión.

Todo se va con el primer rayo del sol,
morir es distinto a lo que suponemos.
La juventud, una ilusión.



Hipnosis

Lina Betancourt

Te imaginé doblando la esquina,
te imaginé entre recuerdos tardíos,
te imaginé entre azules eternos,
imaginé tu voz en medio de un cántico treno.

Ilusión fascinante,
infinito vacío de un papel en blanco,
tañido de campanas,
espiral de rojizo desconcierto.

Te imaginé en un febrero alunado,
te imaginé doblando todas las esquinas,
habitando todos los espacios,
asaltando todos mis caminos.

Sueños suicidas

Joal

Tan cruel y súbito es el sueño con el que me despierto,
mientras siento despertar en la simetría de otro sueño...

—Así respondió su propia sombra o quizá su otro yo.

Un sueño utópico, un sueño enredado entre las espirales
de una consciencia vesánica... Confundido entre los
sedimentos de la realidad, entre los cauces de la fantasía,
jamás comprendió el porqué de su existencia, tan fría
como su habitáculo, el mismo lugar de donde emergen
más preguntas, más pensamientos sacrílegos y suicidas...

Sentado en el abismo de su siniestra tristeza, meditabun-
do y sin emoción de perder la razón, recuerda la noche, el
sol, el deambular con el peso de la lúgubre melancolía
enredada entre su barba, el dejar huellas por un camino
desbordado; así terminan sus horas dentro del tiempo
segregado, con la lobreteza en sus pupilas, despertando de
nuevo, esta vez alejándose de sí mismo...





Es un sueño parapléjico... uno más intentando sobrevivir de las garras de una inexorable existencia...

—Así respondió, no su sombra, tampoco su otro yo... Así respondió la muerte sonriéndole a sus más trémulos lamentos...

Visión del mar extraño

Brian Gélvez

Azul de mar que azul
verde ensangrentado
viento de seis nudos
que las velas ha arrastrado
nubes de formas pastosas
y oleaje picado
que bulle en manos múltiples
de vello rizado.

El hombre-barco que zarpa
con el torso muy curvado
hacia costas de puertos
de muelles desbaratados.

El hombre-barco que grazna
con el torso muy curvado
atravesadas en su espalda





las piernas astilladas
mástiles de ron amargo
y sus brazos suplicando
por un horizonte no alcanzado
y su rostro suplicando
por la profundidad que yace abajo.

Cenizas

Karol Nieto

Observo mis labios convertidos en las cenizas del cigarro de mi padre. Afuera, la primavera llora tierra y me recuerda que las palabras ya no me son suficientes. La inefabilidad abre sus piernas y yo, con un suspiro, trago las volutas de aire estrelladas contra los cristales. Cierro la ventana con la certeza de que jamás podré regresar al mundo etéreo, en donde la vida se estrella infinitamente contra los cristales, y los hígados de mis esferos explotan en el silencio definido con un trazo que solo puedo entender con los ojos cerrados. Adentro, logro hundirme en el infinito sueño del canto de las mirlas.







Técnicas

ensayo y otros géneros



[téc.tri.ces]

Similar a las tejas de un techo, estas plumas se encargan de proteger a sus aliadas en el vuelo. Su tamaño no es siempre el mismo, porque aquellas plumas que cubre y abraza tampoco suelen ser iguales. Por encima de su indudable delicadeza, estas plumas resisten a condiciones externas en las que en el aire, las otras plumas no siempre podrían sobrevivir.

In memoriam

José Emilio Pacheco

John Meza Mendoza

José Emilio Pacheco abre su novela *Las batallas en el desierto* con un epígrafe tomado de la popular novela inglesa *The Go-Between*, de L. P. Hartley: “El pasado es un país extranjero. Allí se hacen las cosas de un modo diferente”. La pregunta en común de ambas obras queda en el aire: ¿Es el pasado un lugar extraño, en el que quizás hemos estado y del que guardamos memorias, pero que ya no podemos habitar? Ya en 1981 Pacheco era una figura consagrada en el campo literario mexicano y latinoamericano. Se le reconocía tempranamente, con cuarenta años, como uno de los escritores “más sorprendentes y originales de la literatura actual en nuestra lengua”, si elegimos creerle a la solapa de la primera edición de *Las batallas*.

Sin embargo, en 1999 Pacheco se reconocía a sí mismo —no creo que sin algo de falsa modestia— apenas como “un lector común sin más aspiraciones” que publica unas “notas marginales” en un libro de ensayos, *Jorge Luis Borges: una invitación a su lectura*. Sus “pocas” aspiraciones tan solo le fueron suficientes para escribir, a lo largo de cincuenta años, cerca de quince





poemarios, siete obras de narrativa, traducir a Eliot, Beckett, Schwob, Wilde y Tennessee Williams, y para escribir el guion de una película, sin contar su labor como editor de literatura y suplementos culturales, sus numerosos ensayos y su obra crítica, en la que dejó testimonio de sus lecturas y opiniones acerca de la literatura latinoamericana. Tanto se puede decir de Pacheco como podría decirse de escritores monumentales de la talla de Carlos Monsiváis o Elena Poniatovska y, en suma, de la llamada Generación del 50 en México.

No obstante, en su amplia obra son constantes algunas —más bien pocas— obsesiones de autor. Una de ellas, para mí una de los más importantes, es la obsesión con el pasado —el propio y el de su nación—, el pasado como un “país extranjero” que no puede sino evocarse a medias en el recuerdo. El pasado como pregunta —pocas veces como respuesta— está presente en la gran mayoría de sus poemarios e incluso en cualquiera de sus escritos, en la medida en que el ejercicio de la escritura intenta recuperar cierta experiencia vivida. No es gratuita la contundencia de la cita de Hartley ni la nostalgia que se evoca a lo largo de *Las batallas en el desierto*, al recordar, por ejemplo, que “volvía a sonar en todas partes el antiguo bolero puertorriqueño: Por alto que esté el cielo en el mundo...”, y que se cierra una vez más con una idea de la memoria que no regresa, que nunca ha estado: “Qué antigua, qué remota, qué imposible esta historia. [...] Se acabó esta ciudad. Terminó aquel país. No hay memoria del México de aquellos años. Y a nadie le importa”. Pero, intencionalmente, la obra de Pacheco *hace memoria* de su país y de su entrañable y compleja Ciudad de México, bien cuando describe en *Las batallas* los pormenores de la vida cotidiana de la Colonia Roma y de Polanco o cuando expresa exactamente el tono de un campesino norteco que ve que “la cosa se ponía bien durazno”, porque “los campesinos eran más

inorantes que ahora”, o bien cuando contrapone, en su poemario *Desde entonces*, el presente de México D. F. con el pasado colonial y novohispano para advertirle irónicamente al lector: “no creas en la nostalgia inmemorable”.

Como no hay que creer en ella, Pacheco en realidad invita a desvelar la nostalgia, como un secreto oculto y latente que en realidad grita a voces. La manera de descubrir la nostalgia es leyendo —en la literatura, por supuesto— el propio pasado, buscándolo de frente. Hoy suena a pasado lo que para él en algún momento fue un futuro quizá lejano: la muerte. En su poema “El libro”, dice a la vez sobre la lectura y la muerte: “Lo compré hace muchos años. Pospuse la lectura para un momento que no llegó jamás. Moriré sin haberlo leído. Y en sus páginas estaban el secreto y la clave”. Hoy, con su muerte, nos queda a sus lectores la ligera esperanza de releer su obra y enfrentarnos de cara a un presente ya sin la compañía de uno de los más grandes poetas, críticos, narradores y ensayistas de lengua hispana.

